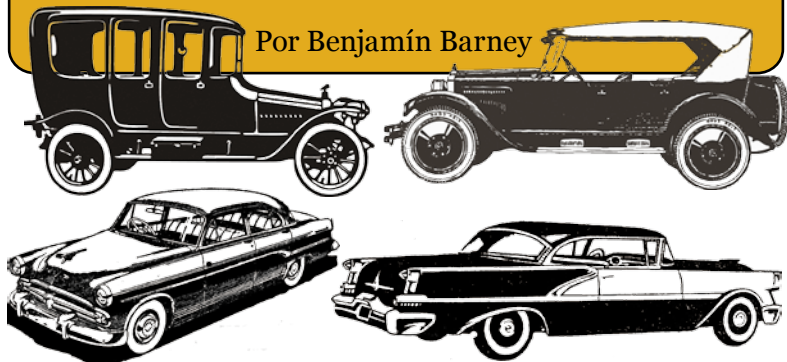




ESTACIONAMIENTOS ALFÉREZ (Efímero y desconocido edificio)

Por Benjamín Barney



Este notable pero ya desaparecido edificio en el centro de Cali, al lado del río y La Ermita, esa pequeña pero simbólica iglesia que aquí creen gótica, estaba en el sitio que otrora ocupó el Hotel Alférez Real, del que tomó su nombre. Y cuyo volumen ausente, su proyectista evidentemente quería restituir, algo que logró con creces, demostrando que la arquitectura es primero que todo emplazar un edificio correctamente en un lugar, y no apenas en un sitio.

En la Avenida Colombia estaba alineado con el Edificio Pielroja, y sobre la Carrera Tercera tenía un pórtico para ampliar el andén conservando el paramento. Del lado de la iglesia dejaba un pasaje y proponía un ábside que fue construido luego y que hoy vemos; y sobre la Calle Doce creaba una plazoleta trapezoidal y en pendiente hacia el cercano Teatro Jorge Isaacs, lo que magnificaba su esquina, y cuyo piso aún permanece. La gran bandera, que remataba allí el eje del Puente Ortiz y el Paseo Bolívar, nunca se puso; en cambio trataron de instalar La Negra del Chontaduro, una pequeña escultura que, aunque de bronce de verdad, no hubiera sobrevivido al vandalismo.

En los costados largos del edificio había amplios locales comerciales en primer piso, los cuales animaron de nuevo esa zona de la ciudad que se deprimió con la demolición (como de bárbaros) del legendario hotel, corazón del sector, poco después de los Juegos Panamericanos de 1971. Sus espacios estaban dispuestos para que cumplieran bien con un programa de necesidades dado, pero de tal manera que se facilitara su eventual remodelación. En los dos costados más cortos, estaban los grandes cilindros que albergaban sus ascensores hidráulicos, silenciosos, rápidos y abiertos, que fueron toda una novedad. En varios sótanos y en los pisos superiores, se desarrollaban dos estacionamientos, el de abajo estaba conectado por un túnel al vestíbulo del teatro cuya boca fue eliminada después de su restauración. Pero sin duda lo más atractivo del edificio era la cafetería de su último piso a la que se podía llegar en carro a través del estacionamiento superior, aunque siendo sinceros era un inconveniente tener que recorrer todos los niveles para ver el atardecer sobre la cordillera al otro lado del río, por ese entonces con muchas y sonoras aguas, y antes de que las antenas cubrieran Las Tres Cruces.

Su estructura era metálica y de pórticos continuos. Fue importada desde Venezuela, y sus entresuelos fueron los primeros en “steel deck”, esa técnica norteamericana para losas macizas que se popularizaría después en nuestras grandes ciudades. Las cajas cilíndricas y cerradas de las escaleras de evacuación eran de hormigón armado, como se decía (correctamente) antes, y todos los locales contaban con una bella escalera de caracol, de hierro fundido, para subir a su entrepiso, mismas que desaparecieron misteriosamente cuando finalmente se desmontó su estructura.

El sistema constructivo sin duda era el adecuado para que el edificio pudiera ser levantado rápidamente, como de hecho lo fue, pero también reciclado, tal como ocurrió. Aun cuando por esa época la ciudad no se había dado por enterada de estar en una zona de alto riesgo sísmico pues aun no había ocurrido el terremoto de Popayán, se habían tomado en esta obra todas las precauciones al respecto, y había varias “cruces de San Andrés”, hoy muy comunes, pero que en ese entonces se dejaron a la vista, algo que la gente no entendió.

Es evidente que el arquitecto tuvo la clara idea de que, al contrario del viejo hotel, el cuerpo principal del edificio debería continuar el paramento de la Avenida Colombia y no el de la Ermita, y liberar la vista sobre ella al final de la Avenida. Perspectiva que posteriormente el alcalde Guerrero, no ciego, (que sí lo hubo otro), sino que no sabía ver, arruinó con unos feos puentes peatonales que ya oxidados permanecen allí. Pero su plataforma comercial, de la misma altura de la nave de la iglesia, sí estaba alineada con su fachada lateral. La estructura metálica le hacía un contrapunto vertical a la horizontalidad del edificio, la que retomaban las persianas de sus fachadas. Los colores predominantes eran los del viejo hotel y la iglesia: blanco y grises, y las partes de hormigón a la vista eran abujardadas. Había muy poco vidrio, una novedad en una ciudad que los comenzaba a usar masivamente pese a su clima cálido tropical.

Quizás la mayor virtud de sus volúmenes era que sus formas habían surgido del emplazamiento, función y sistema constructivo, y no caprichosamente a partir de sí mismas, todo en una sucesión de soluciones, búsquedas y encuentros que hacían que habitar el edificio y circular dentro y hacia él fuera placentero y hasta emocionante.

En el proceso de proyectación arquitectónica sólo definiendo lo esencial de un edificio es posible buscar referencias sin temor a caer en la copia, no hay nada nuevo bajo el sol y con toda certeza una idea sencilla pero sólida se enriquecerá con su desarrollo.

Por tanto una gran virtud del edificio era su clara interpretación de la arquitectura pues determinaba ante todo aquellos aspectos esenciales del proyecto, como la redondez a una rueda, aspectos que no se pueden alterar sin desnaturalizarlo. En este caso eran la circulación de los carros, su

estacionamiento y la salida de los conductores. Un simple estacionamiento vertical de carros, agregaba de nuevo a la ciudad, mejorándola, lo que evidentemente había perdido con la demolición del hotel. Y sin duda su arquitecto era perfectamente consciente de que los edificios siempre son “nuevos”, y se pueden estrenar, mientras que las ciudades ineludiblemente son siempre “viejas”.

Estacionamientos El Alférez había logrado los objetivos que toda arquitectura seria y ética ha buscado siempre: que el edificio sea contextual, tanto en su paramento respectivo como en la calle, el barrio, la ciudad y la región en la que está emplazado, y adelantándose a su época, que obligatoriamente debe ser bioclimático y reciclable. Es decir, lo que se entiende hoy en día más ampliamente por sostenible, algo actualmente obligado en todas partes -menos aquí- por las nuevas normas que buscan paliar el cambio climático. Los edificios consumen, para su climatización e iluminación, más de la mitad de la energía eléctrica que se produce, la que al ser obtenida principalmente a partir de combustibles sólidos, libera CO₂, el principal gas de efecto invernadero.

Se recuerda también que su arquitecto reiteraba que los edificios, además de funcionales, deben ser seguros, haciendo eco de aquel famoso geólogo norteamericano que afirmó después de un letal terremoto en Turquía, que los sismos no mataban gente sino los edificios que se caían.

Es oscuro todo lo que tiene que ver con su promotor, pero no tenía nada que ver con el “lavado” de dinero como tanto edificio hoy. Y tampoco se supo por qué este útil estacionamiento e interesante edificio, para algunos excelente arquitectura, fue desmantelado unos años después de ser inaugurado, para terminar haciendo ese parque insulso, sucio y feo que hoy vemos, dedicado a los poetas vallecaucanos; todos insisten en que hubo un gran negociado de por medio. Lo que sí es cierto es que hubo al menos dos proyectos para altísimos edificios allí, uno de ellos de Cuéllar, Serrano y Gómez.

De su arquitecto es menos lo que hoy se recuerda entre sus colegas. Hay quien dice que fue hasta su muerte profesor visitante en escuelas por fuera del país, y estudioso de las ciudades, las que recorrió sin descanso, y que por supuesto eran el origen de la inconformidad que reflejaba semanalmente



en Vitruvius, un portal de internet especializado de Sao Paulo. Quedaron sí, sus contundentes aciertos, ya nadie se acuerda que él fue su autor, pues ni siquiera estamos seguros de que su nombre fuera Andrea W. Sinam como dicen algunos.

Los Estacionamientos Alférez, un pertinente ejemplo para Cali, nunca lo fue. Su publicación en PROA, nuestra emblemática revista de arquitectura -también ya desaparecida- como parte de una iniciativa del Grupo Ciudad, una reunión de arquitectos locales para proponerle “ejemplos” a Cali, sólo muestra, además de sus planos, la foto mencionada que es en realidad un simple fotomontaje. Una ilusión. Es una pena que en esta ciudad sin memoria muchos no se acuerden del edificio, y que incluso algunos cuestionen su existencia, y que hoy su arquitecto sea completamente desconocido. Pero es que son los mismos que no recuerdan, porque no son de por aquí, las cinco maravillosas alamedas de grandes y uniformes samanes con que contó la ciudad cuando apenas dejaba de ser un pueblo, cuya tala veían como una necesidad para su modernización y progreso. Como la famosa escritora francesa Marguerite Yourcenar lo puso en boca del emperador en su conocidísima *Memorias de Adriano*, tener razón antes de tiempo es igual que equivocarse.

Glosario

abujardar: labrar la piedra con bujarda, que es un martillo de dos bocas cuadradas cubiertas de dientes, usado en cantería, produciendo un terminado rugoso.

ábside: Parte del templo, abovedada y comúnmente semicircular, que sobresale en la fachada posterior, y donde se instalaban el altar y el presbiterio.

cruce de San Andrés: Triangulación de una estructura formada por dos ríostres, piezas que, puestas oblicuamente, aseguran la invariabilidad de forma de una armazón.

emplazamiento: Localización de un edificio en el lote de acuerdo a su entorno ya sea de calles y edificios o en el paisaje natural.

hormigón armado: Aglomerado de arena, grava, piedras pequeñas y cemento, reforzado con una estructura metálica. El “concreto” que usamos es un anglicismo de los ingenieros.

losa maciza: Entresuelo de hormigón reforzado con una armazón de varillas de acero y sin huecos.

lugar: Sitio o paraje que en las ciudades ya cuenta con una historia determinada por las construcciones preexistentes, los hechos ocurridos y las actividades presentes.

nave: Espacio interior delimitado longitudinalmente por muros, machones o columnas, que en las iglesias ocupa el centro desde la puerta de ingreso hasta el crucero o el presbiterio.

paramento: Alineamiento predominante y generalmente continuo de una fila de edificios o casas a lo largo de una calle, caracterizado por el número y orientación de los vanos de sus fachadas.

pórtico: Galería con arcadas o columnas a lo largo de un muro de fachada o de patio, o el conjunto estructural de dos soportes y una viga.

steel deck: Entresuelo de hormigón sobre una lamina metálica corrugada, que reemplaza la formaleta y el refuerzo inferior de la losa.

Benjamín Barney Caldas es profesor titular, jubilado, de la Universidad del Valle y docente y conferencista en varias universidades del país, México y Panamá. Como arquitecto independientemente, sus proyectos han sido publicados en las más importantes revistas del país, y algunos han sido premiados. Es autor de varios libros como *La arquitectura de las casas de hacienda en el Valle del Alto Cauca* (coescrito con F. Ramírez), *Patrimonio Urbano en Colombia y Haciendas y estancias en América Latina*, entre otros. Ha sido Jurado de la Bial Colombiana de Arquitectura, y de la Bial de Quito. Es colaborador de diversas revistas y portales, y columnista habitual de El País de Cali desde 1998 con su columna “Ciudad”. Miembro de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, del Consejo de Monumentos Nacionales, del Consejo de Patrimonio del Valle del Cauca, del Comité de Patrimonio de Cali, y de la Sociedad de Mejoras Públicas de Cali.

